

FRANCISCO VILAESPESA

EL LIBRO DE JOB

LIBRERÍA DE PUEYO,
MESONERO ROMANOS,
10⁹⁰ MADRID.



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

19097

EL LIBRO DE JOB

OBRAS DE FRANCISCO VILLA ESPESA

POESÍA

<i>Intimidades</i> (2. ^a edición).....	2	pesetas.
<i>Flores de almendros</i> (2. ^a ídem).....	3	"
<i>Luchas</i> (3. ^a ídem).....	2	"
<i>Confidencias</i>	3	"
<i>La copa del Rey de Thule</i> (3. ^a edición).....	2	"
<i>El alto de los bohemios</i> (2. ^a edición).....	2	"
<i>Rapeodias</i> (2. ^a ídem).....	2	"
<i>Las canciones del camino</i>	2	"
<i>Tristitia Rerum</i>	3	"
<i>Carmen</i>	2	"
<i>El patio de los arrayanes</i>	3	"
<i>Viaje sentimental</i>	3	"
<i>El mirador de Lindaraza</i>	3	"
<i>El libro de Job</i>	3	"

PROSA

<i>Zarza Florida</i> (novela griega).....	2,50	"
-------------------------------------------	------	---

EN PRENSA

<i>El jardín de las Quimeras</i> (poesías).....	3	"
<i>La muerte de Venus</i> (novela).....	3	"
<i>Enseño de una noche de invierno</i> (poema lírico, música de Ramón Montilla).....	2	"
<i>El libro de los elogios</i> (prosas).....	3	"

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

<i>In memoriam</i> (poesías).
<i>Las horas que pasan</i> (poesías).
<i>La trilogía de la vida:</i>
I. <i>El libro del Amor</i> (poesías).
II. <i>El libro del Dolor</i> (ídem).
III. <i>El libro de la Muerte</i> (ídem).
<i>Visiones de España:</i>
I. <i>Granada</i> (poesías).
II. <i>Toledo</i> (ídem).
III. <i>Sevilla</i> (ídem).

- A starté* (novela).
La hermana (ídem).
Vida y Arte (ensayos críticos).
Los poetas suicidas (estudios).
Jardín trágico (poesías).
La Sulamita (novela).
La Patria de Camoes (notas de viajes).
Poesías escogidas (traducciones de Eugenio de Castro).

TEATRO

PUBLICADA

- La Gioconda* (traducción de Gabriel D'Annunzio).

EN PREPARACIÓN

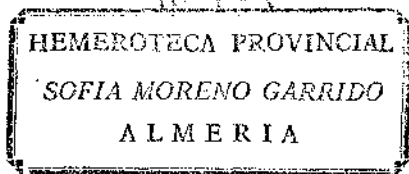
La trilogía del Islam:

- I. *El Alcázar de las Perlas* (tragedia en cinco actos y en verso).
 - II. *El suspiro del moro* (ídem).
 - III. *Aben-Humeya* (ídem).
- César Borgia* (ídem).
El triunfo (drama en tres actos y en prosa).
Crepúsculo (ídem).
Sacrificada (ídem).
La hija del Jorio (traducción de Gabriel D'Annunzio).
Hernani (traducción de Víctor Hugo).
Romeo y Julieta (traducción de Shakespeare).
Amar después de la muerte (refundición de Calderón de la Barca).
El Cain de Cataluña (refundición de Rojas Zorrilla).
Dolor supremo (traducción de Marcellino Mezquita).

FRANCISCO VILLAESPESA

EL LIBRO DE JOB

POESÍAS



IMP. DE PRIMITIVO
FERNÁNDEZ, VAL-
VERDE, 33, MADRID

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

A SIMÓN BARCELÓ, POETA

Fraternalmente,
Francisco Villaespesa.

EGO SUM

**Mi Arte es una epopeya de mi propio egoísmo.
Yo sólo sé el enigma de mi risa y mi llanto.
Como los ruiseñores canto para mí mismo,
sin pensar en que alaben ó censuren mi canto.**

**Sangre de emires moros y príncipes cristianos
circula por mis venas. Ella dió aristocracias
viriles á la frágil belleza de mis manos
como impregna mis versos de inmortales fragancias.**

El Orienta me atrae, y Roma me fascina;
á Alá rezó mis suras y á Júpiter adoro,
por eso en nobles cláusulas de claridad latina
lloro en ricas imágenes mi fatalismo moro.

Nací para altos fines, pero ahogó mi grandeza
la prosa cotidiana del tiempo en que he vivido.
Yo pude ser un águila rampante de fiereza,
y sólo soy un pájaro noctámbulo sin nido.

Mi sueño de belleza se asfixia en este ambiente;
contra tantas miserias luchar intento en vano.
Triste y solo en el mundo mi corazón se siente.
¿He nacido muy tarde ó llegué muy temprano?

Mi ardor ama las pompas y faustos orientales,
la lujuria infinita del harem ó el violento
galopar al combate sobre los arenales
con la lanza en la diestra y el alquicel al viento.

O de pie en la cuadriga cruzar bajo un sonoro
arco triunfal, ciñendo la luz de la victoria,
mientras turba el silencio el estruendo de oro
de las largas y múltiples trompetas de la gloria.

O surgir en la aurora de las horas futuras,
cuando los pueblos juntos en un abrazo santo,
ofrenden ante el ara de la Verdad las puras
palomas de la gracia y las flores del canto.

Mas, esclavo del tiempo en que nací, he contado,
no la efímera muñeca que copian los bufones,
sino el gesto profundo de su dolor sagrado
y la inquietud infinita de sus evoluciones.

Nada de escuelas, nada de espíritu moderno;
mi vida, buena ó mala, engendró mi poesía.
Mi oro, de ley ó falso, es del filón interno,
y en mi oro he acuñado también la efigie mía.

¡Ah, muchas manos ávidas de ritmos han robado
mis gemas y mis flores, porque altivo y seguro
de mis propias riquezas jamás he colocado
ni una puerta en mi casa ni en mi jardín un muro.

Amé y he sido amado. Mi corazón encierra
de amores y de penas un huerto florecido.
Dos sobre todos: uno duerme bajo la tierra,
y otro van á enterrarle también en el olvido.

Tanto dolor devora mi vida sensitiva,
que ¡oh, padre Job, á veces tu negra suerte envidio!
Pues vivo con el cuerpo y el alma en carne viva,
y hasta sentí en mi cuello los dientes del suicidio.

Ni al oro ni al aplauso doblo mi altiva frente.
Escribo por una ansia vital del alma mía:
preciso de mis penas abrir la inmensa fuente,
porque si no su fuerza interior me ahogaría.

Odio la flor de estufa, la belleza con velo;
en un ciprés el símbolo de mi arte se encierra;
el verdor de sus ramas tiende al azul del Cielo
y sus raíces vivas se agarran á la tierra.

Yo avivaré el rescoldo en el hogar extinto,
y nuevos ideales daré á la stirpe mía.
Mi Moral es Belleza, mi Ley es el Instinto,
y mi única y suprema religión la armonía.

Desprecio el triunfo efímero; la limosna me humilla.
Nada pido al Destino. Espero y estoy cierto,
que como el Cid, el bravo campeador de Castilla,
alcanzaré mi triunfo mayor después de muerto.

EL LIBRO DE JOB

A SANTIAGO ARGÜELLO

I

Es mi destino un laberinto
del que jamás podré salir.
Camino á ciegas con mi instinto,
buscando en vano el porvenir.

Igual que un niño extraviado
en la nocturna obscuridad,
canto mis penas asustado
para alegrar mi soledad.

Busca su nido el ave herida;
las fieras tienen su cubil,
y en los peñascos donde anida
duerme sus sueños el reptil.

Sólo el humano peregrino
nunca ha sabido ni sabrá
sobre qué piedra del camino
su último sueño dormirá.

¿Dónde enterraste lo pasado?
¿Dónde te espera el porvenir?
¡Todas las cosas que has amado,
de amor tu amor hizo morir!

¡Todo pasó! Nadie te nombra...
¿Dónde tus ciegos pasos van?
¿Qué nuevos brazos de la sombra
para abrazarte surgirán?

Hasta la madre tierra esquiva
tu pie desnudo hace sangrar...
¡Mientras tú vivas y Ella viva
nunca reposo has de encontrar!

Murió mi alegre primavera...
Pasó la hora del amor...
¡Para adornar tu cabellera
no hay ni la sombra de una flor!

Pasa á otro huerto perfumado,
y ten piedad de mi pesar!...
¡Yo que pudiendo ser amado,
estoy inútil para amar!



II

¡Oh, Juventud, vuelve á mi lecho
tu carne roja de rubor!...

¡Tiendo los brazos y no estrecho
más que el recuerdo de tu amor!

Ojeras vivas del deseo,
trémula voz, pálida tez...

¡Abro los ojos, y no veo
sino mi propia palidez!

Siempre lo amargo del hastío,
llena mis horas de inquietud...
Te espera el tálamo vacío
como á una muerta el ataúd...

¿Qué piensas, alma, en tu tristeza
ante ese cándido almohadón?
En que se inclina la cabeza,
en que nos duele el corazón,

en que se pierde la memoria
en la inconstancia del vivir...
¡Y en que sería nuestra gloria
cerrar los ojos y morir!

III

Nuestro presente es el recuerdo
de cuanto fué,
nuestro futuro la esperanza
de regresar á nuestro ayer.

Lo que esperamos con más ansia
y lo que amamos con más fe,
es todo aquello que se ha ido
y que ya nunca ha de volver.

Y nuestra pena más acerba
y nuestra angustia más cruel,
es comprender que, si no ha sido
lo que soñamos, pudo ser.

Mirar que llega nuestro invierno,
ver nuestro cuerpo envejecer,
mientras sentimos en el alma
la primavera florecer...

Ser como un pobre paralítico
que bajo el Sol muere de sed,
viendo correr las frescas aguas,
y sin poder de ellas beber...

Nuestro presente es el recuerdo
de cuanto fué,
nuestro pasado la esperanza
de regresar á nuestro ayer.

IV

La carne agóstase de tedio,
el alma muere de esperar...
Mi mal no tiene ya remedio...
¡Estoy inútil para amar!

Soy como un pobre mutilado
que mira arder su habitación,
sin poder huir, agarrotado
por su impotencia en un sillón,

hasta que ahogando toda queja,
cansado en vano de luchar,
cierra los ojos y se deja
por el incendio de verar...

¡Amor, no llares á mi puerta,
que nadie ya te puede abrir!...
¡Junto á mi pobre carne muerta
acaba el alma de morir!

V

Pálida hermana dolorosa
hasta mi hogar llega tu aliento
como el perfume de una rosa
que se deshoja lenta al viento.

Yo espero siempre en mi ventana
la leve sombra de un cariño...
Soy un enfermo y débil niño
que llama en sueños á su hermana.

Todo á mi paso se ha secado.
No tengo nadie que me quiera...
Soy como un árbol deshojado
que ve morir la primavera.

Paso la vida desolada,
mirando al tálamo vacío,
ansiando ver en su almohada
un rostro amado junto al mío.

Mi juventud muere de pena
mientras la vida alegre canta,
como una mística azucena
entre los dedos de una santa.

El mismo ensueño nos convida,
igual dolor nos hizo hermanos...
¡Ven, y crucemos por la vida
como dos niños, de las manos!

VI

¡La hora ha sonado! Nuevamente
con mis tristezas partiré,
pálido y mudo como un muerto,
hacia el acaso, sin saber
en qué posada del camino
en esta noche dormiré.

Mi sed calmaste con tus aguas;
sobre tu lecho descansé.
Mi ansia de amores contenida
por este eterno padecer,
entre tus brazos y en tus labios
febril y trémulo sacié.

¡Eternizamos los instantes
en la locura del placer!

Tú me dejaste tu alegría
dentro del alma y en la piel
el fresco aroma de tu carne;
yo, en cambio, sólo te dejé
inoculada esta tristeza
de la que nunca sanaré...

Ni tú olvidarme podrás nunca,
ni yo olvidarte ya podré...
Tú llorarás á mi recuerdo,
yo á tu recuerdo sonreiré...

¡La hora ha sonado! ¡Nuevamente
con mis tristezas partiré,
pálido y mudo como un muerto,
hacia el acaso, sin saber
en qué posada del camino
en esta noche dormiré!

VII

¡Oh pobre alma desconsolada,
tu infatigable dolor olvida,
piensa, y advierte

que todo es nada!...
¡Qué silenciosa pasa la vida
y qué callada viene la muerte!

¡Tan pronto el tiempo de latir cesa!
¡Las horas pasan por las espinas
de la existencia, tan velozmente!...

¡No dejan ni esa
sombra que dejan las golondrinas
en los cristales de la corriente!

Horas de penas y horas dichosas:
¡todas iguales!
¡Es como un sueño la vida humana!

¡Y hasta las rosas
entre las hojas de los rosales
duran apenas una mañana!

¡Ah! Dentro llevas vivo el gusano
que habrá en la tumba de consumirte!
¡Cuanto dé á vida tu pensamiento

será tan vano
como ese polvo que al sucedirte
las vestiduras, lanzas al viento!

¡Oh, pobre alma desconsolada,
tu infatigable dolor olvida,
piensa, y advierte

que todo es nada!...
¡Qué silenciosa pasa la vida
y qué callada viene la muerte!

VIII

Como á incurable lazarino,
mudos de espanto y de terror,
oyen las gentes del camino
aullar mi historia de dolor.

Y al que acercarse va piadoso,
le suelen lívidos gritar:
—No te aproximes al leproso...
¡Su mal te puede contagiar!

Y si dos novios enlazados,
pasan hablando de su amor,
al oírme, callan asustados
y se encomiendan al Señor!

Si por las calles de la aldea
me atrevo andar alguna vez,
turba de niños me apedrea
y me maldice la vejez.

Y si dormir de noche intento
de los rediles al calor,
como si fuese un lobo hambriento
me echa sus perros el pastor.

IX

Dobla tu frente bajo el destino.
No hay más camino
que el que en los astros marcado está.

En las tinieblas del infinito
todo está escrito...
Lo que está escrito se cumplirá.

Fin y principio, todo lo ignoras,
y aunque estudiando pases las horas
eternamente lo has de ignorar.

Siempre á tu lado la sombra negra...
Lo que hoy te alegra,
mañana, acaso, te hará llorar.

Nadie ha podido torcer la suerte...
Hasta la muerte
igual que un ciego caminarás...

En vano herido tu pie detienes...
¡Nunca has sabido de dónde vienes
ni adónde vas!

Es un misterio tu propia vida...
Todo se olvida,
y cuando pases, no quedará

ni aun esa huella que en el sendero
deja el viajero
que hacia su casa cantando va.

Dobla tu frente bajo el destino.
No hay más camino
que el que en los astros marcado está.

En las tinieblas del infinito
todo está escrito...
¡Lo que está escrito se cumplirá!

X

También tu lepra me devora,
¡oh, taciturno padre Job!
Toda sangrando llevo el alma
y en carne viva el corazón.

También cual flores monstruosas
se abren mis llagas bajo el Sol.
¡Mas yo bendigo este suplicio
como bendices tu aflicción,
porque tu Dios así lo quiere,
porque lo quiso así mi amor!

PSALMOS

A RICARDO ROJAS

I

Como el polvo que arrastra á su capricho el viento,
á merced del Destino por la vida he cruzado,
sin hallar una fuente mi corazón sediento,
ni sombra de reposo mi espíritu cansado.

Y quisiera haber sido, en lugar de inconsciente
nube que empaña el Cielo y empolva la espesura,
como el árbol plantado á orillas de una fuente
que brinda al pasajero fruto, sombra y frescura.

Tener limpias las manos de todo vil contacto,
y la conciencia pura y el corazón intacto,
para poder amarlo todo de amor eterno.

Ser árbol que da sombra y fruto hasta que muere,
y que después al mismo leñador que le hiere
brinda calor y fuego en las noches de invierno.

II

Amor que sobrepuje á todo entendimiento,
que en todos los espíritus deje su eterna huella;
piscina de agua clara, perfumada de unguento,
que purifica todo cuanto se baña en ella.

¡Tal quisiera mi vida, libre de todo anhelo
terrenal! Ser un río de amor que en su carrera
refleja al par que el fúlgido azul del alto Cielo
las piedras y los árboles de la humilde ribera.

Sin principio ni término, porque he sido creado
en el profundo seno del Tiempo ilimitado...
El cuerpo será polvo, porque del polvo viene.

Sólo el alma en lo eterno como una estrella brilla...
¡Nuestra carne es un frágil vaso de tosca arcilla:
si vale es por el rico perfume que contiene!

III

Él la fruta maldita de mi carne han mordido
los dientes de los Siete Pecados Capitales...
¡Señor, Señor, un poco de perdón y de olvido
para todas mis torpes miserias terrenales!

Quisiera ser cual esas flores del verde prado
que acarician y aroman la planta que las pisa,
tener una esperanza para cada cuidado,
y para cada pena una dulce sonrisa.

Y pasar, inocente, por todos los dolores,
sin dejar más que un vago perfume de ternura
y bajo el pie descalzo, una estela de flores.

Y al secarse la última agua de mi cisterna,
recostarme en la Tierra, bajo la sepultura,
como un niño en los pliegues de la falda materna.

IV

Señor, entre las rojas ascuas de tu incensario,
para purificarle de la terrena escoria,
arrojaré mi herido corazón solitario
que devora y consume la lepra de la Gloria.

¿Qué valen las caricias de esa fácil ramera
que abre su lecho á todos, porque á ninguno ama?
Prefiero la paz de una cabaña en la ribera
á la inquietud del regio alcázar de la Fama.

Señor, hoy vuelvo, ciego de llorar mis dolores,
á cuidar de mis huertos las más humildes flores,
y á perderme en la eterna grandeza de tu arcano,

inmemore de todo, igual que un pobre muerto,
como gota de agua que torna al Océano,
como grano de arena que regresa al Desierto.

V

¡Bien sabéis cuántas lágrimas me cuesta mi pecado;
gemiré por él todo el resto de mi vida,
y hasta emplearé en llorarle el tiempo destinado
á que repose en sueños mi carne dolorida!

Señor, no tendrá término ni tregua mi quebranto,
de él hará su cilicio mi pobre vida enferma,
y hasta todas las noches regaré con mi llanto
el lecho en que repose y la tumba en que duerma.

Inmolaré á mi crimen todas las alegrías,
y haré de su recuerdo la suprema sandade
que entristezca mis horas y devore mis días...

Y humillaré en el polvo mi rostro dolorido,
hasta que el propio polvo de mi dolor se apiade
y me cubra en su manto de silencio y de olvido.

VI

Esta doliente música de las fuentes me inquieta,
è inconsciente me llevo al corazón la mano,
como si ahogar quisiera una angustia secreta,
algo que será siempre para el alma un arcano.

Se desangra la fuente como por una herida,
y en sus aguas sonoras y corrientes se lleva
el afecto más puro y grande de mi vida
para que algún sediento corazón se lo beba.

¿De qué profundos ojos surge ese eterno llanto?
¿En qué corazón cabe tan inmenso quebranto?
Todo recorre un trágico estertor de agonía...

¡Oh, corazón humano, acalla tu tristeza!...
¿Qué vale la voz frágil de tu melancolía
ante el dolor eterno de la Naturaleza?

VII

Mi vida, hasta ahora, ha sido estéril y liviana,
porque perdí mi tiempo y malgasté mis días
en componer canciones y crear armonías,
efimeras é inútiles como toda obra humana.

Señor, de un viejo sauce para siempre he colgado
como un último exvoto, mi lírico instrumento,
y acaso en sus cordajes sepa cantarte el viento
mejor que cuantas voces humanas te han cantado.

¿Qué puedo yo ofrecerte, si todo cuanto tengo
no es mío, sino tuyo, porque tú me lo diste
al sacarme del trágico misterio donde vengo?

¡Si sufro con tal fuerza, es porque Dios lo quiere,
y aunque el dolor acabe con esta vida triste,
moriré bendiciendo la mano que me hiera!

VIII

Todo, Señor, se vuelve contra mí. El can rabioso
de la envidia, en mi carne ha clavado sus dientes.
Para mi centenario cansancio no hay reposo,
ni mi sed de viajero nómada encuentra fuentes.

La calumnia mis pasos sigue hasta este Desierto
donde el alma se limpia de toda pesadumbre.
¡Su boca pestilente es un sepulcro abierto
que sólo al aire exhala su interna podredumbre!

Su envidia, persistente cual gotera de plomo,
va horadando mi alma, y su aliento envenena
mi agua, y hasta le quita la sal al pan que como...

Me he rendido. Esta lucha grosera me acobarda.
¡La muerte es hoy el único consuelo de mi pena,
y en llegar á mi tienda, hasta la Muerte tarda!

IX

Solo, como un sonámbulo, vago por la floresta,
rasgando con mis pasos encajes de neblina...
Muere el Sol, y la fuente melancólica en esta
hora, tiene una verde diafanidad marina.

Los frágiles rosales deshójanse á la brisa,
bajo la planta crujen quejándose las hojas,
y á los labios se asoma inconsciente sonrisa,
y al corazón oprimen insólitas congojas.

¿Adónde voy, perdido en la verde maraña
de este bosque que llora una tristeza huraña?
No lo sé... No me siento vivir... Dejé la vida

como un harapo inútil olvidado á la puerta...
¡Sepulcro florecido, en ti todo se olvida,
y el alma vuela libre de la materia muerta!

X

Mientras restaña el alma la sangre de su herida
cierro los ventanales del austero retiro,
pues la luz de la frágil lámpara de mi vida
es tan débil que puede apagarla un suspiro.

Tengo miedo de todo: del viento y del perfume
que sube de los huertos llenos de primavera;
temor de que la sombra de mi vida se esfume
y la flor de mi carne, al deshojarse, muera.

Si nuestra luz se apaga temblando sobre el muro,
¿qué miraré en las sombras profundas del futuro?
Señor, me hiciste dueño de todo cuanto existe,

de todos cuantos dones creaste me has colmado.
¡Y yo, mi Dios, en cambio de todo, no te he dado
ni el cuerpo en que encerraste el alma que me diste!

DESPUÉS DEL NAUFRAGIO

PARA FABIO FIALLO

I

La vida tiene una sonrisa
para mi triste corazón.
La juventud vuelve á besarme
entre los brazos de mi amor.

Las viejas penas se alejaron
de esta pequeña habitación,
porque vivir ya no podían
con tanto azul y tanto Sol.

Para los labios que me han dicho,
paz en mis horas de aflicción;
para los ojos que me brindan,
cuanto el Destino me negó;
para los brazos que me amparan,
quiero rimar esta canción.

Yo soy un pobre niño ingenuo,
un colegial en vacación,
que torna en brazos de su madre
y le relata á media voz
todo el cansancio de los libros
y la estrechez de su prisión.

Yo te relato mis pesares
igual que un náufrago, al calor
del rojo hogar, cuenta á los suyos
todas las penas que pasó,
mientras la ropa del naufragio
en el umbral se seca al Sol,
y entre las rocas de la playa
el mar aduerme su canción.

II

Noche de invierno. El frío
hace chocar los dientes. Sordos bajan
como sombras elásticas los lobos,
aullando en las callejas solitarias.

Cruje el fuego en la vieja chimenea,
cual si la seca leña se quejara
crepitando de angustia
en el rojo martirio de las llamas.

Leyendo un viejo libro,
bajo la luz medrosa de la lámpara,
en las vagas cadencias de sus versos
evoco muchas cosas olvidadas,
y lloro al contemplar una flor mustia
entre sus secas y amarillas páginas...

¡Una mano querida, frágil mano
que tantas veces enjugó mis lágrimas,
la arrancó de una negra cabellera
sobre desnudos senos destrenzada!...

En los cañones del hogar los vientos
parece que nos nombran en voz baja;
la lluvia al resbalar finge una mano
que en los cristales, temerosa, llama;
cruzan pasos furtivos en la sombra,
aullan los lobos y los perros ladran.

Las puertas del hogar crujen, Rechinan
las viejas cerraduras oxidadas,
cual si saltar quisieran al empuje
de alguien que intenta, para entrar, forzarlas.

III

Mi vida fué un obscuro torbellino:
súbita polvareda
que arremolina el viento del crepúsculo
á través de los bosques y las sendas.

Cegó los ojos, humeó en el Cielo,
y proyectó sus sombras en la Tierra,
sin dejar más que polvo en el silencio
verde de la floresta,

en las sandalias de los peregrinos,
y en la flotante y larga cabellera
de alguna virgen que bordaba amores
entre las campanillas de una reja.

Pasó fugaz y se perdió en los aires,
empañando el fulgor de alguna estrella.

IV

—¡Soñemos, Alma!— ¿Para qué? ¡No sueñes!
Cierra las alas y á la Tierra torna.
El infinito aumentará tus penas;
volando, acaso, las verás más hondas.

Tu mayor enemigo está en ti mismo,
tus propias manos son las que te ahogan.

¿Para qué remontarte de la Tierra?
Mientras en el azul canta la alondra,

enlazada á los brazos de Romeo,
maldiciendo la luz, Julieta llora...
¡Y tú siempre has de estar, pobre alma mía,
en el Ensueño y en la Vida, sola!

V

El rumor de unas risas infantiles
ha despertado cuanto en mí dormía:
el ansia de vivir acompañado
en el sereno hogar de una familia...

¡Volver á amar! ¡Yo renunciara á todas
las glorias de la vida,
por mirarme en el fondo de unos ojos
que evocasen la paz de sus pupilas,

y por sentir temblar entre mis manos
unas manos tan blancas y tan finas
como aquellas que sólo beso en sueños
y que en sueños también aún me acarician!

¡Oh, mi hogar! ¡Oh, mi hogar! ¡Cayó por tierra,
y triste y solo cruzaré la vida
como un mendigo, sin tener adónde
llorar mis penas y evocar mis dichas!

VI

Siento el profundo tedio de la vida
sin objeto, la vida que no tiene
ni unos labios en flor que la perfumen,
ni una sonrisa amable que la alegre.

Siempre la misma eterna incertidumbre
en mitad del camino nos detiene
con los brazos cruzados... ¿Dónde iremos
que unos brazos amantes nos esperen,

si la boca y los ojos, cuanto beso,
se cierran á mis besos para siempre?

Caminar, caminar, coger las flores
que al borde del camino se te ofrecen,
aspirar su perfume y deshojarlas,
porque llevarlas á un hogar no puedes...

Dudar, y amar tu duda, como ama
el leproso sus llagas... ¿Por qué vienes,
silueta fugitiva, á mi camino
y con un gesto amante me detienes,

y abriéndome la puerta de tu tienda
el calor de tu tálamo me ofreces,
sin saber que á Ashaverus, el Maldito,
no le está permitido detenerse?

Torna á tu hogar, y di, si te preguntan,
por qué tan triste y desolada vuelves,
que miraste cruzar por tu camino
la esquelética sombra de la Muerte.

VII

¡Mi alma, cargada de silencios, llega
de un país tan remoto que no tiene
nombre en humana lengua, donde todo
lo que traspasa sus fronteras muere,
y ha visto tantas cosas que sus ojos
ciegos de espanto y de locura vuelven!

En una de esas horas angustiosas
en que la humana soledad nos muera.

también el corazón, y nos ahoga
el ansia de mirar lo que contiene
la ficción de la vida, huyó del cuerpo
en las eternas sombras á perderse.

Yo no sé si fué un siglo ó un instante
lo que de mí y del mundo estuvo ausente,
sólo sé que regresa enloquecida;
tan pálida y tan triste que parece
un cadáver, que se alza de la tumba
cubierto con el polvo de la Muerte.

¿Qué vió el alma, tan lejos? Como ciega
y muda de terror y espanto viene,
jamás lo ha de decir, ¡pero en sus ojos
hay un dolor eterno que enloquece!

VIII

El ángel malo de mis noches llega,
y siento que su soplo helado y lento
al apagar la llama de mi lámpara
eriza de pavora mis cabellos.

Y la oración suspensa entre los labios
muere en un nombre que olvidar no puede:
temblor de carne y rechinar de dientes,
sed de caricias y avidez de besos.

Tú, siempre tú, buscándome en la sombra,
mostrando al pobre corazón sangriento
la sonrisa falaz que le engañara,
y las gélidas manos que le hirieron.

—¡Ten piedad, ten piedad!—ronco te grito—,
y temblando de rabia y de deseo
escondo la cabeza enloquecida
bajo las blancas sábanas del lecho...

Y me siento morir sobrecogido,
y te voy á implorar, pero no puedo,
cual si tu mano ahogase mi garganta
y tu rodilla me oprimiera el pecho...

No puedo respirar bajo tu sombra;
cierro los ojos livido de miedo;
mas siempre oigo tu voz que me reclama,
y á través de los párpados te veo

altiva y sonriente, como una
amenaza inclinada sobre el lecho...
¡Y el corazón se encoge bajo el frío
y punzador empuje de tu acero!...

IX

Cual sombras de fugaces gaviotas
sobre el cristal crepuscular del agua,
ante mis ojos desfilaron todas
las horas que de vida me restaban,
en dolorosos gestos de tragedia,
la túnica y la faz ensangrentadas.

Una sola, la última, venía
como una novia, ruborosa y blanca...

Y pensé en una muerte silenciosa:
la frente entre las manos de la Hermana,
en una tarde azul, al encenderse
las primeras estrellas solitarias.

Y llegó la visión que jamás nombra
el labio por temor á disiparla
con su aliento, y me dijo, sonriente,
clavando en mis pupilas su mirada:

—Quiero también que livida de sangre
tu hora postrera ante mis plantas caiga...
—¿Dónde brota la sangre?—añadió luego—
Le mostré el corazón y puse un arma
entre sus manos.—¡Hierre cuando quieras!

Y cuando ella alzó el brazo, yo pensaba:
—¿Tendré valor para acallar mis quejas?—
Cerré los ojos, y por no asustarla,
al herirme, mis labios no gritaron
ni á mis pupilas asomó una lágrima.

Tinta en sangre cayó mi hora postrera
como una pobre novia asesinada...
¡Y yo la vi morir indiferente
á través de los ojos de mi amada!

X

No hay remedio para nuestro padecer.
Ninguno ha podido su suerte evadir.
Un dolor inmenso nos hizo nacer,
y un dolor inmenso nos hará morir.

Como nunca el último fin conocerá
y el misterio siempre nos causa pavor,
el que más indague, tan sólo sabrá
que su misma ciencia también es dolor.

¡En vano los ojos se cansan de ver,
y en vano el oído se cansa de oír!...
Dolor fuiste antes, dolor has de ser,
y cuanto más vivas, más has de sufrir.

Siempre tras tus pasos el dolor irá.
Todo cuanto alienta vive de dolor,
y si Dios existe, tan sólo será
la más alta síntesis del dolor mayor.

Siempre sufriremos la misma inquietud,
siempre un mismo espanto nos hará temer
vivos, la presencia del negro-ataúd,
y muertos, el miedo de volver á ser.

SINCERIDADES

PARA ANTONIO ZOZAYA

I

El presente, el futuro y el pasado,
todo conmueve al par el corazón.
Mi Arte no tiene nada limitado,
y es de todos los tiempos mi canción.

El pasado es su música, el futuro
su espíritu y su letra lo actual,
por eso es algo al par lúbrico y puro,
un poco triste y algo sensual.

Impávida la faz y alta la frente
en mitad del camino me he parado
sin saber si volver ó proseguir,

aspirando las rosas del presente
oyendo la armonía del pasado
y viendo el alba de lo porvenir.

II

Joven de edad, más viejo de quebrantos,
entreteno mis ocios, componiendo
para los ciegos ruseñores, cantos,
mientras mi corazón se va muriendo

de aburrimiento y de melancolía
bajo el signo fatal de alguna estrella...
¡Y si fué, acaso, juventud la mía,
no hubo vejez tan triste como ella!

Sincero quise ser, sincero he sido.
Busqué en el mundo cuanto en él no existe:
el Amor, la Virtud y la Belleza.

Todo cuanto he cantado lo he sentido,
por eso es siempre mi canción tan triste
que hace llorar de espanto á la Tristeza.

III

 Mi pobre corazón es una ciega
 espiando en la sombra las pisadas
 de lo que ha de venir. El viento juega
 á mentir pasos sobre las estradas.

 Y—¡ya está aquí!—sonámbula murmura,
 con los brazos tendidos, esperando,
 mientras el viento, por la selva obscura
 se aleja entre las ramas suspirando.

De pronto todo calla. Surge un canto
consolador y dulce como un llanto
de amor, y el triste corazón se anega.

en un perfume de lejanas flores...
Todo calla... ¡Pobre del alma ciega
enamorada de los ruiseñores!

IV

Pasa el tiempo con tal monotonía
que su igualdad me cansa y me devora.
Un día es igual al otro día
y una hora es igual á la otra hora.

Siempre el tedio, al final, siempre el bostezo,
el encogerse de hombros, mientras pasa
la vida rutinaria como un rezo
que mascullan las viejas de la casa.

¡Y todo igual! La pena y la alegría...
dos palabras, más una sola idea
de pesadumbre y de melancolía.

Y en la igualdad sin fin de esta jornada,
el corazón no sabe qué desea,
ni el alma siente tentación por nada.

V

Este sordo dolor que va minando
las ruinas de mi obscuro pensamiento,
no ha de cesar en su labor, ni aun cuando
disipe el polvo de mi carne el viento.

No hay bálsamos de paz. El alma herida
crepitará en las llamas del Infierno,
que es eterno el suplicio de la vida
y es el dolor como la vida eterno.

Se irá el polvo en la Nada condensando,
y todo dormirá bajo el reposo
eterno del arcano más profundo.

Tan sólo este dolor quedará aullando,
como un perro erizado y monstruoso
sobre el cadáver trágico del Mundo.

VI

Vivir ó no vivir. Ser hombre ó fuente,
estrella en el azul ó negro abismo...
Podrá ser la materia diferente,
pero será nuestro dolor el mismo.

Nuestra vida es dolor. Nacimos de una
conjunción fugitiva y dolorosa:
un dolor nos echó sobre la cuna
y otro dolor nos hundirá en la fosa.

¡Carnes por el deseo estremecidas
en un estrecho abrazo confundidas,
ahogar en el misterio más profundo

de la esterilidad vuestros ardores!...
No engendrar con dolor nuevos dolores,
que ya hay bastantes monstruos en el mundo.

VII

Como un guerrero, con la espada rota,
deshecho el casco y el escudo hendido,
que escapa en su corcel de la derrota
por las lanzas contrarias perseguido,

así va mi dolor ante la vida,
huyendo de terror, ensangrentado,
sintiendo más que el daño de la herida,
la pena de su orgullo derrotado.

Perdió todos sus sueños el guerrero
en los azares del combate rudo;
mas antes de rendirse prisionero

y servir de presea á su derrota,
sabrá morir sobre el deshecho escudo
atravesado por su espada rota.

VIII

Camino entre las gentes, descuidado
de todo, porque todo di al olvido,
con el orgullo de un desengañado
y la altivez de un incomprendido.

El ritmo de mi pie nada acelera.
Camino á solas con mi pesimismo...
Como sé que al final nada me espera,
llegar, ó no llegar, me da lo mismo.

¿Para qué sollozar y acobardarse
si siempre igual se mostrará la suerte?
Ante mí, ruínas, y detrás, escombros...

Nada vale la pena de inquietarse;
por eso mi desdén ante la Muerte,
firme y audaz, se encogerá de hombros.

IX

El alma era feliz. A su albedrío
vagaba entre el verdor de la maleza,
viendo temblar en el cristal del río,
del Cielo y del paisaje la belleza.

Mas en el bosque resonaron voces.
Vibró una flecha y se clavó en el anca,
y huyó mi alma con sus pies veloces
como una corza ensangrentada y blanca.

Sintió rasgar sus ancas algún diente,
y herida y temblorosa de repente
se enredó entre las zarpas de una umbria,

humilde y lacrimosa la mirada,
como una blanca corza acorralada
por los ladridos de voraz jauría.

X

En estas largas noches de vigilia,
sólo con mi dolor siento mi hastío
nostalgias de un hogar, de una familia,
de un corazón que fuese todo mío.

Con tal fuerza este anhelo me traspasa,
que hasta mi orgullo de poeta diera
por tener el refugio de una casa
y en ella un corazón que me quisiera.

Tener un hijo que me diese aliento,
que fuese como un prolongamiento
de mi sér, y pasar la vida entera

con él á solas, dedicado al cuidado
de su alma y su razón, para que fuera
lo que yo soñé ser y nunca he sido.

XI

El ritmo de mis pasos he perdido,
y yo, que busco paz y amo el reposo
del hogar, en la vida siempre he sido
como un bohemio trágico y forzoso.

Ni un instante tranquilo pude verme;
pues me arrastra incesante torbellino
al azar, sin que pueda detenerme
ni á coger una rosa del camino.

En la estación más pródiga y florida
tuve fama de malo por ser bueno,
y sólo de tristezas hice acopio,

porque pasé sonámbulo la vida
soñando siempre en el hogar ajeno
con la deshecha paz del hogar propio.

XII

Un remanso de paz, aun cuando sea
la solitaria celda de un convento,
es la única gloria que desea
mi fatigado y triste pensamiento.

Vivir á solas con mis fantasías,
siguiendo el vuelo audaz de mis quimeras,
¡que estoy cansado de gastar mis días
tratando hombres y domando fieras!

En una celda á toda voz cerrada,
que harto de tantos ruidos ya me place
el silencio profundo de la Nada.

Tirar la llave de la cerradura,
y en la puerta grabar: *Requiescat in pace,*
como en la losa de una sepultura.

XIII

Olvidé los pecados y extravíos
de mi pasada y frágil juventud.
Hoy visten todos los ensueños míos
el obscuro sayal de la virtud.

Calada la capucha van al coro
sus tristes misereres á entonar,
ó encienden sus tiribulos de oro
para quemar su incienso ante el altar.

A fuerza de cilicio, el deseo
domaron de su carne lujuriosa.
Viven en celdas lóbregas, y es

la única ocupación de su recreo,
cavar la tierra de su propia fosa
bajo la obscura sombra de un ciprés.

XIV

Lo obscuro del Misterio me fascina
con la atracción de lo desconocido.
Soy la sombra de un sueño que camina
buscando tras las sombras el olvido.

Es mi propia impotencia mi cadena.
Girando eternamente en torno mío
con su sordo zumbido de colmena,
me enloquece la angustia del vacío.

Al peso de mis culpas encorvado,
manando sangre por la abierta herida,
atravieso entre ruínas y entre escombros,

igual que un asesino condenado
eternamente á recorrer la vida
con su sangrienta víctima á los hombros.

XV

A todo afecto humano indiferente,
por mis propias tristezas devorado,
camino solo, en medio de la gente,
tan pálido como un desenterrado.

La roja desnudez de mi tormento
no haya manto que púdico la vele.
Ya de pensar me duele el pensamiento,
y de sentir el corazón me duele.

Construyo el porvenir con el pasado.
Soy como un pobre enfermo desahuciado,
que al saber que su mal no tiene cura,

entretiene los miedos del futuro
con un carbón trazando sobre el muro
el croquis de su propia sepultura.

XVI

Hastiado de lo estéril de esta guerra
y de lo inútil de mis inquietudes,
envidio á los que duermen bajo tierra
en el silencio de los ataúdes.

Ser polvo, ser cenizas ó ser lodo,
mas reposar al fin de la jornada.
Cerrar los ojos y olvidarlo todo,
plegar los labios y no sentir nada.

Ser flor y deshojarse cual la rosa;
ser nieve y sucumbir como el armiño,
adquirir otra fórmula cualquiera,

menos hombre, esa mezcla monstruosa
de frente de ángel, corazón de niño,
é instintos y mandíbulas de fiera.

XVII

Ante el enigma trágico del mundo
y el misterio de las constelaciones,
mi alma hermética y sola es un profundo
silencio lleno de interrogaciones.

Nadie á mis vivas súplicas contesta.
Bajo sus signos interrogativos
sólo deja el Destino por respuesta
una pausa de puntos suspensivos.

¡Oh, mi hermética alma desolada,
á tu interrogación la esfinge nada
responde, ni jamás responderá!

Sólo el cuervo de Poe, aleteando
pasa, á veces, fatidico graznando
su perenne estribillo: *¡Nunca más!*

XVIII

Soy el espectro de un remordimiento.
La muñeca horrible de mi faz, espanta.
Llevo el pasado como un lobo hambriento
por los dientes colgado á mi garganta.

Quiero pedir auxilio, mas no puedo...
Me sujetan sus garras cual cadenas...
Mis cabellos erizanse de miedo,
y un inmenso pavor hiela mis venas.

Bajo la dura zarpa que le hiere
el alma sola y desangrada muere,
ciega de angustias y de espanto cana,

mientras en el azul fulge la Luna,
y pasa junto á mi cantando una
canción de amor, la indiferencia humana.

XIX

El alma, el sueño del pasado, olvida.
Hizo de todo afán renunciamiento,
porque son las grandezas de la vida,
nubes de polvo que disipa el viento.

Quemándose en el fuego está el cayado
que acompañó en su ruta al peregrino...
No preguntarle nada del pasado,
¡olvidó las canciones del camino!

¡No me habrán de engañar las alegrías!
La carne ha muerto, y mi alma duerme
rendida al lado de la negra caja...

¡Pasivamente pasaré mis días
por si la muerte llega á sorprenderme,
hilando con mis sueños mi mortaja!

XX

Quien á los aires arrojó su grano
cosechará en sus trojes tempestades.
Es vanidad el viejo orgullo humano,
y todo, vanidad de vanidades.

El polvo vuelve al polvo; mas la herida
sangra de nuevo en la materia esclava,
porque el dolor, como la propia vida,
evoluciona, pero no se acaba.

¡No predicar descanso, soñadores!
Eternamente sufriréis cautivos,
asfixiados de polvo en los Desiertos.

Dentro van los gusanos... ¡Son dolores
que, no saciados de comérnos vivos,
van á la tumba á devorarnos muertos!

XXI

Como siempre he vivido bajo el peso
de la inquietud, y ha habido más pesares
que dichas en mi hogar, tal vez por eso
son más tristes que alegres mis cantares.

— ¡Canta tu juventud y tus amores! —
me grita la vulgar chusma cretina.
Y no ve que debajo de sus flores,
un inmenso dolor mi tronco mina.

Yo pasé sin quemarme por el fuego
entre las muchedumbres que maldicen
ó rezan á sus dioses tutelares.

Desde que de llorar se quedó ciego
el rui señor del alma, todos dicen
que son mucho más dulces sus cantares.

XXII

Hasta mi alcoba llega en una racha
de viento, de algún hacha el sordo són,
y al escuchar los golpes de esa hacha
no sé por qué me duele el corazón.

Despierta algún recuerdo. Me parece
que en tiempos muy remotos árbol fui,
y de dolor mi carne se estremece
cual si algo el hacha derribase en mí.

Signe el hacha más fuerte resonando:
que hace el último esfuerzo se diría,
y el corazón se asfixia de inquietud.

¡Oh!, dime, hacha maldita, ¿estás cortando
el pobre pino del que harán un día
las cuatro tablas para mi ataúd?

XXIII

Fuera de toda tentación, muy lejos
del Bien divino y del Mal humano,
de la forja á los cárdenos reflejos
fué infatigable en la labor mi mano.

Cincelé cien custodias de áureos brillos;
corazas para pechos varoniles;
ajorcas y diademas, y hasta anillos
frágiles para dedos femeniles.

Son joyas donde en vano la serpiente
de la Muerte hundirá su corvo diente.
Y hoy cincelo en el fondo de mi yermo

un agudo puñal de hoja bruñida,
para curar mi corazón enfermo
del tedio insoportable de la Vida.

XXIV

He llenado mi vaso de agua clara.
Como en tu espejo en él puedes mirarte.
Así mi vida y mi conciencia, para
la emoción cristalina de mi Arte.

¡Música, sí! Pero que cada nota
se ajuste al ritmo de algún sentimiento,
que orqueste ecos de una voz remota
y no el estruendo gárrulo del viento.

Paleta, sí. Mas sobria de colores
y rica de matices. Pintar flores,
no como son, y si como las vemos.

Llenar el vaso de nuestra cisterna,
y que en él al beber, siempre dejemos
como el perfume de una cosa eterna.

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.....	9
EGO SUM.....	11
El libro de Job:	
I.—Es mi destino un laberinto.....	19
II.—¡Oh, Juventud, vuelve á mi lecho... .	23
III.—Nuestro presente es el recuerdo.....	25
IV.—La carne agóstase de tedio.....	27
V.—Pálida hermana dolorosa.....	29
VI.—¡La hora ha sonado! Nuevamente... .	31
VII.—¡Oh pobre alma desconsolada.....	33
VIII.—Como á incurable lazarino.....	37
IX.—Dobla tu frente bajo el destino... .	39
X.—También tu lepra me devora.....	43
Psalmos:	
I.—Como el polvo que arrastra á su capricho el viento.....	47
II.—Amor que sobrepuje á todo entendimiento.....	49
III.—Él la fruta maldita de mi carne han mordido.....	51
IV.—Señor, entre las rojas ascuas de tu incensario.....	53
V.—¡Bien sabéis cuántas lágrimas me cuesta mi pecado.....	55

VI.—Esta doliente música de las fuentes me inquieta.	57
VII.—Mi vida, hasta ahora, ha sido estéril y liviana.	59
VIII.—Todo, Señor, se vuelve contra mí. El can rabioso.	61
IX.—Solo, como un sonámbulo, vago por la floresta.	63
X.—Mientras restaña el alma la sangre de su herida.	65

Después del naufragio:

I.—La vida tiene una sonrisa.	69
II.—Noche de invierno. El frío.	71
III.—Mi vida fué un oscuro torbellino. . .	75
IV.—¡Soñemos, Alma!—¿Para qué? ¡No sueñes!.	77
V.—El rumor de unas risas infantiles. .	79
VI.—Siento el profundo tedio de la vida. .	81
VII.—¡Mi alma, cargada de silencios, llega.	85
VIII.—El ángel malo de mis noches llega. .	87
IX.—Cual sombras de fugaces gaviotas. . .	91
X.—No hay remedio para nuestro padecer.	95

Sinceridades:

I.—El presente, el futuro y el pasado. . .	99
II.—Joven de edad, más viejo de que- brantos.	101
III.—Mi pobre corazón es una ciega.	103
IV.—Pasa el tiempo con tal monotonía. . .	105
V.—Este sordo dolor que va minando. . .	107
VI.—Vivir ó no vivir. Ser hombre ó fuente.	109
VII.—Como un guerrero, con la espada rota.	111
VIII.—Camino entre las gentes, descuidado.	113

	<u>Páginas.</u>
IX.—El alma era feliz. A su albedrío. . . .	115
X.—En estas largas noches de vigilia. . .	117
XI.—El ritmo de mis pasos he perdido. . .	119
XII.—Un remanso de paz, aun cuando sea.	121
XIII.—Olvidé los pecados y extravíos. . . .	123
XIV.—Lo obscuro del Misterio me fascina. .	125
XV.—A todo afecto humano indiferente. . .	127
XVI.—Hastiado de lo estéril de esta guerra.	129
XVII.—Ante el enigma trágico del mundo. .	131
XVIII.—Soy el espectro de un remordimiento.	133
XIX.—El alma, el sueño del pasado, olvida.	135
XX.—Quien á los aires arrojó su grano. . .	137
XXI.—Como siempre he vivido bajo el peso.	139
XXII.—Hasta mi alcoba llega en una racha. .	141
XXIII.—Fuera de toda tentación, muy lejos. .	143
XXIV.—He llenado mi vaso de agua clara. . .	145
ÍNDICE.	147

